

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICION

Es verdad que el tiempo transcurrido no pasa en vano, pero también es cierto que hay obras humanas que conservan vigencia imperecedera, y una de éstas es la Monografía Histórica de la Villa de Eibar por Gregorio de Mújica, ésta que el lector tiene en sus manos, que se editó por vez primera en Irún, en el año 1910.

Es muy comprensible que después de tantos años el lector desee una nueva monografía, aunque ella no fuese tan amplia como ésta, pero sí al menos con estructura más moderna y sobre todo actualizada. Pero deberá comprender que existen factores de cierta dificultad y muchísima responsabilidad a la hora de contemplar nuestra historia más próxima y poder lograr una exposición imparcial con éxito. Hasta un historiador prudente de la talla de Mújica se vería de inmediato con una arriesgada labor al tener que superar los escollos de una guerra fratricida. Huelga decir que las heridas abiertas por una guerra civil suponen ardua tarea por la serie de situaciones intrincadas que conlleva para salvar evitando inútiles fricciones cual exige la convivencia de los contemporáneos. Por otra parte, tampoco es posible el acceso a algunas de las fuentes documentales utilizadas por el autor de la presente monografía ya que algunos materiales se perdieron definitivamente. La aludida guerra arrasó la mayor parte de nuestra ciudad y en consecuencia sufrieron algunos archivos. El del Ayuntamiento, salvo algunos desperfectos, se recuperó con bastante integridad, pero no tuvo la misma suerte el archivo parroquial que fue pasto de las llamas. No hay duda que lo más doloroso fueron las pérdidas de vidas humanas, pero entre las desgracias también cuentan las pérdidas materiales, y en este caso aquellas que contenían alguna luz sobre nuestro pasado.

Hoy, gracias a esta monografía, escrita en un momento oportuno, disponemos de una historia básica que seguirá por los años mostrándonos los hechos más sobresalientes de nuestro pasado. Es de un alto valor, intrínsecamente fundamental para conocer la epopeya de un pueblo industrial, con una interesante trayectoria, para desembocar proyectando su fuerza generadora en la eventura de irradiar a su periferia y más allá de la misma a diversos puntos del norte de la Península. Y, todo ello, porque el destino le deparó una geografía que le impedía realizarse en una gran urbe industrial al verse atrapado entre montañas, en las mismas honduras del lecho de un río que en origen constituyó su fuente energética.

Agotadas las dos ediciones, esta tercera está bien justificada. Hay que reconocer que ha sido digno de encómio la decisión de la Corporación municipal al poner los medios para esta tercera edición y ofrecer al público, sobre todo a las nuevas generaciones, para que dispongan y conozcan en lo esencial su historia local. Y que conste que ese localismo de ninguna manera resulta menospreciable, aparte de que Eibar ha dejado bien clara su capacidad expansiva, porque la propia historia universal no es otra cosa que la suma de las historias de los pueblos que lo componen.

Esta obra de Mújica fue promovida con motivo de aquellas Fiestas Euskaras celebradas en la villa en 1908, en la que obtuvo el primer premio entre las dos obras que se presentaron. A la segunda se le concedió un accesit. Esta fue la obra de Pedro Sarasketa, que la precedió en la publicación. Es bastante más reducida y con algunas lagunas en la documentación, por consiguiente no ofrece mucha garantía.

Para nadie es ningún secreto si manifiesto que me ha gustado indagar sobre el pasado de nuestra historia, y en la misma he tocado preferentemente las partes menos conocidas y materiales que no fueron recogidos, con el único afán de incorporarlos al acervo general de nuestra historia.

Una incursión más allá de los albores de nuestra historia nos llevará en conclusión a la presencia del hombre desde épocas prehistóricas en territorio hoy perteneciente a Eibar. Al margen de los restos dolménicos descubiertos en zonas limítrofes de Kalamua y montes de Muskurutxo, entre los collados de Akondia y Garagoitxi o Garaiguren se han encontrado diversos fragmentos de sílex, entre los mismos dos puntas de flecha. Presumiblemente existe un yacimiento al aire libre perteneciente al Eneolítico, al que habría que incluir una hacha de piedra pulimentada hallada en las heredades de los caseríos Gorosta.

La reconstrucción de los primeros poblamientos en las diseminadas casas del territorio rural y los inicios del núcleo urbano no resultan

tarea nada fácil para el historiador. Se puede llegar a deducciones aproximadas si cotejamos con lo que se conoce en el entorno y con una dosis fuerte de intuición imaginativa.

En un principio pudo formarse junto a la calzada medieval que cruzaba desde la cuenca del Deva al Ibaizabal, desde Eibar por Saillamente (San Lorenzo) y Eizaga remontando el alto de Jainagaina se dirigía a Zaldúa (Zaldibar) para penetrar al valle del Duranguesado. Era el paso más asequible porque ubicaba en ese trayecto el collado más bajo entre ambas cuencas. Dicho paso pudo existir desde la Antigüedad o bajo medioevo. Guardianes celosos del camino serían los señores parientes mayores Unzueta y Zaldibar del bando oñacino. Esto ocurría hace ocho siglos y aún transcurriría un siglo más hasta la introducción en el país de las ferrerías de cauce. Pues hasta entonces eran movidas por aire y ocupaban las lomas altas de las zonas de bosque para el aprovechamiento del carbón vegetal obtenido en el lugar. Las instalaciones de las ferrerías iban en función al transporte, puesto que era más fácil llevar el mineral al lugar del combustible para fundir y elaborar, cuando para fundir un carro de mineral de hierro hacían falta cuarenta carros de carbón vegetal. Los montes de Eibar eran ricos por su foresta, capaces de suministrar combustible necesario y al comenzar la utilización de martinets movidos por el agua, por las condiciones favorables que ofrecía el aprovechamiento del río Ego, contaba con un factor óptimo para el desarrollo de las ferrerías y de esa forma tan sencilla comenzó el florecimiento de uno o más núcleos urbanos, diminutos e insignificantes al principio pero junto al lecho de un río que ofrecía condiciones sumamente favorables para la instalación de pequeñas ferrerías para productos manufacturados. El Ego, con un caudal fácilmente manejable para la construcción de presas y acequias y un fuerte declive para producir energía, se prestaba a la perfección a las exigencias para pequeñas ferrerías y talleres de transformación de metales, y paulatinamente iría creciendo la población. Por otra parte hay que recordar que las gabarras cargadas de mineral entraban hasta Alzola el siglo XVIII, según cuenta Larramendi en su Corografía, y la gran producción de acero para la zona se llevaba a cabo entre Elgoibar y Mendaro, además de Mondragón que contaba con minas propias. Al esmerarse Eibar en la manufacturación de los productos más diversos, un día, acertaría con las armas de fuego portátiles. Aquello fue el inicio de un insospechado desarrollo industrial en los núcleos agrupados en la Anteiglesia de San Andrés Apóstol de Eibar.

Pero la cosa tampoco fue tan fácil como parece. Hubo muchos intereses económicos, demasiados, para que las cosas pudieran avanzar sin la intervención de los que trataban ser poderosos. Y en el caso de nuestra historia hubo dos poderes dominantes en aquella época feudal: Oñaz y

Gamboa. Que apenas fue estudiado por G. de Mújica. Tal vez por apremios de tiempo para la presentación al concurso, pero el hecho es que esa parte de nuestra historia es la que me ha ofrecido los materiales de mayor interés, porque en Eibar residía una de las familias de parientes mayores de los oñacinos, los Unzueta; y, en Elgoibar los Olaso, parientes mayores de la parcialidad gamboína, convertida en cabeza del bando desde que Juan López de Gamboa tomó posesión de esta casa.

Recuérdese que el año de 1193 fue reconstruida la casa solar de los Unzueta al desposarse una hija de la misma con Don Celinos, pariente de los reyes de Navarra. Como muestra de aquella época contamos con testimonios del arte románico, una imagen de San Pedro en la parroquia de San Andrés y un crucifijo románico, desaparecido del templo de Azitain, y esta ermita era la capilla de los Unzueta. También es significativo que el linaje de Zaldibar llevara en su escudo las cadenas de Navarra. Los bandos, aunque actuaron fluctuantes entre las coronas de Castilla y Navarra, hay razones para pensar que en aquel primer período los oñacinos se inclinaban hacia Navarra. Pues, tras incorporarse Guipúzcoa a Castilla—punto en el que no quiero entrar si el hecho fue voluntario u obligado por las circunstancias, al interesado prefiero dejarle por la mano de Fausto Arocena que en su Guipúzcoa en la Historia (1964) supo emitir juicios muy acertados—, la suerte de los Unzueta sufrió las consecuencias de su insubordinación. En 1267, Alfonso el Sabio de Castilla concedió en patronato la parroquia de San Andrés de Eibar a Juan López de Gamboa, señor de Olaso de Elgoibar y cabeza de la parcialidad gamboína. No debieron marchar bien las cosas cuando a los diez años transcurridos desde aquella fecha, el rey en persona vino a poner cerco a la casa-torre de los Unzueta. Conocemos el hecho, no por las crónicas reales, sino por el refrendo dado desde el asedio a los privilegios que el Señor de Vizcaya concedió a la villa de Bermeo. Y, este ensañamiento volverá a producirse por mandato de Sancho IV el Bravo, hijo de Alfonso el Sabio, quien en el año de 1288 «envió á Vizcaya á don Diego López de Salcedo, é tomóla, salvo un castillo que dicen Unzueta, que se tovo, é mandólo cercar é combatir con engaños» (Crónica de los reyes de Castilla, cap. V). Ambos cercos los cita Lope García de Salazar en el código Las Bienandanzas e Fortunas.

Las luchas banderizas cometieron muchos atropellos y arrasaron al país. Las batallas libradas en Akondia fueron recogidas por los cronistas García de Salazar e Iburgüen-Cachopin, y este material no fue utilizado por Gregorio de Mújica ni por Pedro Sarasketa.

Después de la horrenda quema de Mondragón y a petición de las Hermandades de Guipúzcoa el rey ordenó la demolición de las casas-torres de los parientes mayores, en 1456, salvo las de Olaso y Unzueta.

¿Influiría la reconciliación llevada a cabo a raíz del apadrinamiento de los Unzueta para que la hija de Butrón se casara con el de Gamboa de Olaso a pesar de que su madre trataba de oponerse con todas sus fuerzas? El hecho es que Unzueta hizo de mediador y padrino en contra de los impedimentos existentes por parte de la viuda de Gómez González de Butrón muerto durante la quema de Mondragón. El matrimonio se celebró con gran concurrencia de personas de ambos bandos, el 18 de enero de 1450. Y de ahí aquella conocida estrofa, recogida por Garibay:

Verba orren verba gacia,
Verba orri nay ez daquiola valia.
Dardoac eguinarren vere aldia,
Olaso da ene egoteco aulquia.

Estos acontecimientos tan turbios marcaron las primeras noticias de nuestra historia local. Pero en el fondo se estaba fraguando algo importante desde su fundación en villa, con carta-puebla expedida por el rey Alonso XI en 1346.

Aún transcurriría siglo y medio desde la fundación de la villa hasta las primeras noticias de la fabricación de armas portátiles de fuego. Primero se citan los aprovisionamientos de armas al reino de Sicilia y luego para la toma de Granada, espindargas de la Merindad de Marquina. Y es aquí, en el capítulo de historia industrial donde Gregoria de Mújica nos ofreció abundante material documental de primera mano, extraído del Archivo de Simancas, aunque él por apremios en la confección de la obra no nos citaba las fuentes. Han tenido que transcurrir años hasta que los estudiosos de la armería se hicieran cargo de dichas noticias e incorporar a los estudios de su especialidad, y en esa divultación mucho le debemos a los desvelos del placentino Ramiro Larrañaga, quien culminó sus trabajos con una obra magna sobre la armería de la zona.

Las cantidades citadas en aquellos primeros pedidos nos hacen sospechar que la armería de «Marquina de suso» no floreció de manera espontánea, sino por largos años de experiencia. De no ser así, ¿cómo se explican los miles de espindargas que se fabricaron en breve tiempo para Sicilia y la toma de Granada por los Reyes Católicos, y para combatir contra el Turco, así como los miles y miles de arcabuces en tiempos de Felipe II para combatir la rebelión de los moriscos y para las campañas de la colonización de América?

Al filo de los siglos XV y XVI hay que situar el primer gran crecimiento demográfico. Otras poblaciones producirían más hierro y herramientas que requerían escasa manipulación artesanal, entre aperos para la labranza y efectos navales, pero Placencia, Eibar y Ermua, en las angosturas de sus valles, se distinguieron por los productos de una mayor elaboración, con operarios altamente cualificados para la época.

Para quienes la complejidad de los procesos de la racionalización del trabajo gremial con la fina forja al hierro batido, las precisiones de ajuste de los complicados mecanismos y los tratamientos térmicos no tuvieron secretos. El léxico recogido en el vascuence local viene a constituir una muestra testimonial de las técnicas en general y del tratamiento térmico en particular. Desde aquellas remotas fechas se ha mantenido una constante en la renovación y adaptación a nuevas técnicas y nuevos métodos, según hayan avanzado éstas en los centros armeros de Europa, aun compitiendo con los mejores en el mercado libre. Y así se explica que durante los siglos XVII y XVIII se hayan fabricado relojes de pared y de campanario.

Paralelamente a la vida industrial, conforme a los gustos de cada época, el eibarrés ha desarrollado otras actividades recreativas y culturales de las que ha quedado muy poco escrito. Una excepción donde se refleja esa actividad son las ordenanzas parroquiales de 1559, donde encontraremos unos cultos dignos de una Catedral, donde no faltaban actuaciones con cánticos de coro que el lector podrá apreciar en la historia eclesiástica. Las relaciones de músicos y artistas plásticos que pude agrupar son otra muestra que viene a confirmarnos lo expuesto, así como la primitiva construcción urbana con notables viviendas de las que quedan escaso vestigios en Txirio kale (la primitiva Churio cale o Somera de intramuros) y Arragüeta (que constituía el más distante de los dos arrabales de la parte oriental), con inmuebles donde aún quedan reminiscencias de construcción medieval en las dos primeras plantas de algunos edificios donde la escalera va remontándose por las paredes medianeras sin virajes. Las casas solariegas, algunas muy notables, como la renacentista de Unzaga o las dos Mallea, Kontadorekua, Ibarbea, Bustinduy o Erregetxe, algunas desaparecidas al remodelar la plaza de Unzaga y otras en la última de las guerras civiles, así como Indianokua, nos muestran una imagen no muy remota pero si muy distinta de lo que es hoy Eibar. Isasi, Aldatze y Unzueta (Jauregui de Azitain) nos pueden servir de referencia de aquellos valores arquitectónicos.

Pero en lo monumental, donde los eibarreses consagraron sus principales esfuerzos fue en su parroquia matriz de San Andrés, cuya mitad oriental pertenece al primer Renacimiento del país, que se abrió al culto en 1547, y fue construida donde se emplazaba la primitiva, cuyas noticias se remontan al año de 1267. Esta mitad oriental de la parroquia pertenece al estilo de las no bien llamadas del «gótico vasco», iglesias columnarias tan frecuentes en Guipúzcoa y Vizcaya, obras de maestros canteros vascos que no siempre llevan la bóveda estrellada del gótico, como es el caso de Azcoitia, Azpeitia, Murelaga y otras columnarias de planta salón. Dentro de las mismas, la de Eibar tiene la particularidad

de ser la única con columnas coríntias, que conserva una puerta enteramente plateresca y otra parcialmente por quedarse inconclusa y hoy por su parte interior se utiliza como camerino batisterial. Posee además una vidriera de aquella primera época con las representaciones del Calvario y la Asunción, y habría de sumar el retablo de Araoz, en su primera fase.

El siglo XVII, la parroquia sufrió grandes transformaciones al ser ampliada su cabecera actual desde el crucero. Las obras ya no son de la misma calidad, pues se deja notar la decadencia económica originada por la fuerte competencia surgida en el comercio desde los puertos del centro y Norte de Europa y la que vino a agravar la pérdida de la escuadra Invencible que dejó diezmados los puertos vascos. No obstante, en esa parte occidental que fue ampliada, con la apertura del crucero, se instalaron dos notables retablos de la escuela vallisoletana. Me refiero a los colaterales que fueron dorados en 1688 el de la parte del Evangelio y el de la Epístola en 1690. Sus santos titulares han sido alterados y ya va siendo hora de devolver la imagen de la Magdalena existente en la sacristía y que pertenece al lugar que hoy ocupa el Sagrado Corazón de Jesús. En el retablo de las Animas del crucero, obra de los eibarreses H. de Mendizabal y F. de Arizpe, existen un par de imágenes de estilo renacentista, que fueron aprovechadas de los restos de algún otro retablo.

No voy a extenderme más en mostrar los altos valores de las artes plásticas en el Eibar del pasado. El lector interesado puede recurrir a mi trabajo publicado en el Programa de San Juanes de 1982, de Gráficas Eguren.

El fenómeno industrial de Eibar no es un hecho insólito en su entorno geográfico, aunque haya protagonizado una parte muy importante de la historia de la cuenca del Deva, pues limitándonos a la misma podremos apreciar la actividad y el desarrollo de la vida fabril, comercial y cultural de la comarca a partir del siglo XIII. Asunto éste que traté con bastante amplitud en el prólogo a la obra *Inventario histórico-artístico del valle del Oñate* (1982), concretamente entre las páginas XIII y XVIII. Y permítaseme insistir sobre los valores artísticos de la parroquia de San Andrés, donde los eibarreses en el transcurso de la historia depositaron sus afanes en el embellecimiento de su templo, y que sobre los mismo hice una descripción general con algunas anotaciones ampliatorias en la obra *Bidez*, páginas 141-146, complementando el estudio realizado por María Asunción Arrázola en *El Renacimiento en Guipúzcoa* (1967-1969).

En cuanto al antes mencionado escultor eibarrés Hilario de Mendizábal, siguiendo al Conde de la Viñaza, hoy puedo aclarar algunas dudas suscitadas por G. de Mújica sobre su paradero y el entronque que pudo haber entre Juan Bautista de Mendizábal que intervino con Hila-

rió en la ejecución de los cuerpos superiores del retablo mayor en 1739 y el otro Juan Bautista de Mendizabal que hizo varias esculturas para Eibar y Guernica en 1814, que menciona en el capítulo de hijos ilustres en la página 279. En primer lugar, Hilario que fue el principal, que dirigió la terminación del citado retablo mayor y colaboró con Arizpe en el de las Animas, he de decir que acabó sus días en El Ferrol como escultor de mascarones de proa. Juan Bautista, el viejo, hermano de Hilario, y padre de su homónimo. Este último, Juan Bautista hijo, fue un notable escultor neoclásico cuya obra se halla desperdigada por todo el país. Por lo que sabemos, hay esculturas suyas en Eibar, Zumárraga, Zarauz, Gaviria, Guernica, Foronda, Ulibarri Gamboa, Audíca, Etura, Marieta, Lesaca, etc. La aceptación que tuvo en Alava, donde la escultura neoclásica fue floreciente por los Valdivielso, es una buena muestra de su valía y merece este eibarrés un estudio a fondo con una catalogación de su obra escultórica. Aquellos apuntes que publiqué en el Programa de San Juan de 1976, editado por el propio Ayuntamiento, quedan ya muy cortos con todo lo que he podido reunir a posteriori. Material que gustosamente ofrecería a quien desee emprender un trabajo de recopilación e investigación sobre los tres Mendizábal escultores de Eibar.

Gregorio de Mújica extrajo cuanto pudo de los archivos locales y es de suponer que a la sazón contaría con la ayuda orientativa de su padre Serapio, archivero de la Diputación de Guipúzcoa, hombre bien documentado y con experiencia en esta materia como autor de las monografías locales de la Alcaldía Mayor de Aiztondo, villa de Irún y Villafranca de Oria, y por aquellas fechas ocupado en la tarea de publicar el volumen Guipúzcoa de la Geografía General del País Vasco-Navarro.

Hoy, contemplando la Monografía desde la perspectiva actual y considerando las aportaciones que otros han venido haciendo sobre la historia local, en su primer capítulo, donde trata sobre los orígenes, habría que incluir, además de los pocos datos arqueológicos, todo lo referente al solar de Unzueta y su participación en el bando oñacino, en cuyo resumen me he extendido en el presente prólogo por lo primerizo de nuestra historia. Pero el propio Mújica, en algunos aspectos fue más allá de lo que recoge su propia Monografía. Por ejemplo, escribió algunos artículos periodísticos bajo el seudónimo de José M. de Ojarbide donde a menudo sacaba asuntos de Eibar, sea sobre orígenes, administración, historia o armería.

En uno de esos artículos vino a decirnos que cuando Guipúzcoa acordó armar con sus propias fuerzas una escuadra de ocho navíos y dos pataches «en 1618 había en Eibar generales, almirantes, capitanes, veedores, contadores y guerreros para los ocho navíos y dos pataches. ¡Y Eibar no es puerto de mar y no tendría entonces 2.000 habitantes!».

En ese capítulo de historia militar entraría la proclamación de la segunda República en 1931, por la que recibe el título de ciudad ejemplar, y la última guerra civil, de la que cada bando o partidario ha contado a su manera. Sin embargo hay mucho que recoger para esclarecer la verdad de los sucesos a los que fue arrastrado Eibar, que costaron tantas vidas y la mayor parte de la ciudad quedó arrasada. Y para completar esta historia contemporánea habrá que recurrir a los archivos existentes para comenzar conociendo las diversas situaciones de preguerra para la que considero indispensable la obra Viaje por el país de los recuerdos de Toribio Echevarría.

Pedro Celaya ha podido ampliar algunas noticias en su Eibar. Síntesis de monografía histórica, y el que suscribe aporta algunos testimonios en el capítulo «Eibar» del Diccionario Enciclopédico vasco de la Editorial Auñamendi, en su décimo tomo. Pero hasta ahora nadie ha tratado a fondo esta delicada historia contemporánea. Y a la hora de indicar algunos materiales huelga recordar el archivo fotográfico de Ojanguren, para conocer con detalle físico las calles, plazas, rincones y casas de Eibar de antes de la guerra, en ruinas, durante el período de reconstrucción y su estado actual. El incontralado, por no decir disparatado, crecimiento de la década del cincuenta lo podemos estudiar en la obra de Enrique García Manrique. Crecimiento que mantuvo su constante en la siguiente década para arrastrar a la ciudad a una alarmante congestión urbana de difícil solución. Y, lo que es peor, obligar el alejamiento de las industrias más prósperas que a su vez arrastrarían a otras para sucumbir en el empeño. Eran tiempos en los que no se admitía ni se permitía la crítica de los que abogaban por un Eibar mejor y no precisamente mayor, a la vista de la capacidad geográfica de la cuenca del Ego. Está claro que las consecuencias han sido catastróficas, y las secuelas derivadas de la acumulación de errores han de durar años.

La historia es una lección permanente y en ella hemos de recapacitar, reconfortar con sanos criterios de nuestros mayores que sabían mirar siempre hacia Europa para imitar bien y sus situaciones administrativas contemplarlas por encima de las diferencias partidistas que con frecuencia distorsionan la marcha de la administración municipal hacia el bien común de los ciudadanos. Ese retorno hacia los intereses comunes puede ser, sino la única, sí la principal vía de salida hacia la búsqueda de soluciones.

Uno de los capítulos más interesantes de la monografía de Mújica es precisamente el de historia industrial, capítulo tercero de la obra. A él hay que incorporar la valiosa aportación de Ramiro Larrañaga, reconsiderando lo que de armería se ha escrito por el historiador James D. Lavin, en el Catálogo del Museo de la Escuela de Armería, en el volumen de la Tercera Semana de Antropología Vasca (1973), la obra

publicada en 1978 por el Banco de Pruebas y la obra escrita en 1981 sobre el damasquinado. Sobre la nueva industria el Boletín de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Escuela de Armería y otras obras de carácter general, sin olvidar los volúmenes publicados por Alfa en 1960 y 1970.

Al referirnos a las diversas fuentes que puedan aportarnos el material necesario para la actualización de nuestra historia local no es necesario hacer declaración de la preocupante situación actual de nuestra industria en otro tiempo tan brillante. Ello puede ser motivo de reflexión para todos. Recuérdese que, cuando la obra de Mújica salió a la luz pública, en Eibar se estaba gestando la Escuela de Armería que tanto contribuiría a la transformación tecnológica, Escuela en la que en un principio no se olvidó el aspecto de la formación cívica, tan descuidada en los últimos tiempos. El contexto social de entonces también favorecía a conceptos más puros de ética y moral humana, por lo que se desprende de la obra de Toribio Echevarría y de la transmisión oral de nuestros mayores. Pero ahora poco nos valen los lamentos de lo que se aspiraba y no se logró, sino la firme convicción hacia la recuperación de esos valores humanos que son la verdadera fuente de riqueza de una sociedad más justa, con una adecuación a los tiempos que corren y abordar con valentía el desfase sufrido en los avances técnicos, sin olvidar que la automatización la asumimos con veinte años de retraso y en la implantación del control numérico llevamos otros tantos, derivado de esa falta de previsión que ha motivado el aludido desfase tanto en la Escuela como en las empresas. Hoy urge la recuperación cuando se nos avecina la tercera revolución industrial, la cibernética. Ahora, sabedores del condicionamiento de nuestro espacio vital, no podemos caer en las torpezas del pasado orientado al crecimiento sino a la mejora en calidad. A la hora de determinar habría que prestar más atención al sector de servicios y a los artículos que requieran personal cualificado, según los factores condicionantes de nuestra propia infraestructura. Para ello hay que prestar más atención a hombres pensantes, con inventiva incluso para copiar, hombres con talento y con espíritu colectivista. Pues en la lección histórica tampoco hemos de olvidar que Eibar se adelantó a otras poblaciones en la organización de cooperativas de consumo e industriales. Ahí están las vías generales por las que siempre nos hemos distinguido superando las crisis habidas en el transcurso de la historia.

El lector sabrá disculparme por este desvío al tratar del tercer capítulo de la Monografía, pero hay que reconocer que viene a ser en el momento actual el tema más preocupante para una población cuya historia y cuyas características son eminentemente industriales, casi sin la posibilidad de otra forma de vida.

Si pasamos al capítulo cuarto de la obra, la transformación operada en Eibar es inmensa. Desaparecieron los conventos de Isasi y del Rabal y han surgido nuevas parroquias además de la matriz de San Andrés y la rural de San Miguel de Aguinaga. La revista Eibar nos puede proporcionar esta historia tan reciente, además de los archivos de las propias parroquias. En el eclesiástico contamos con las aportaciones más inmediatas que se efectuaron tras la publicación de la Monografía de Mújica. Dos conferencias de D. Policarpo Larrañaga en vascuence sobre Arrate que fueron publicadas en Euskal Etnalea y edición separa Itzaldiak (1926) y a continuación, el renombrado párroco e historiador Don Eugenio Urroz editó en 1929, con motivo de la solemne coronación, el Historial de la Virgen de Arrate. En época reciente, el cancionero y las creencias de Arrate las publiqué en los libros en homenaje a O. de Apraiz y P. Lafitte. A. M. de Tejada publicó en el Boletín de la R.S.V. de los Amigos del País lo relativo al convento de Agustinas del Rabal.

En los archivos municipales se puede encontrar todo lo relativo a la administración municipal de postguerra. Hay algunas memorias publicadas, y el capítulo quinto no sería difícil de recomponer.

El sexto que recoge los repertorios de los hijos ilustres requiere una serie de precisiones cotejando con el folleto exhumado por el R. P. Romualdo Galdós en RIEV (1929) y que se incluyó como apéndice número 14 a la segunda edición de esta Monografía. Como indiqué en la monografía sobre Elgueta, erase costumbre en los textos de historia citar, cuando no encumbrar, a aquellos hombres que se habían distinguido en hechos de armas o en cargos políticos y eclesiásticos únicamente, dejando de lado a los que se destacaban por sus virtudes en actividades culturales o de otros servicios ejemplares a través de sus vidas profesionales, y con la intención de subsanar dicha costumbre traté de incorporar a artistas y músicos, pero habría que extender a otras facetas del trabajo entre artífices de la armería, damasquinado, grabado al buril e incluso a técnicos y empresarios industriales que se distinguieron en sus actividades.

Merecen una mención especial los primeros eibarreses que emigraron a América, según consta en el Catálogo de Pasajeros a Indias: Juan de Arexita y Cutuneguieta en 1514; Martín de Ybarra y Laurenvide en 1526; Andrés Ceceil e Yrure y Ortuño de Ibarra y Mendilibar en 1538. No constan sus destinos, salvo el de Andrés de Ceceil que marchó a Florida. Solamente uno de ellos es mencionado por Mújica y en el folleto reeditado por el R. P. Galdós, Ortuño de Ibarra, como uno de los primeros conquistadores de la Nueva España, y que llegó a ser tesorero general de aquel reino y factor de S. M.

Hubo varios Ibarra de Eibar, del mismo linaje, que destacaron en México. El más importante fue Diego de Ibarra que se distinguió en la conquista de Nueva Galia, que organizó la explotación de las minas de Zacatecas y se casó con la hija del virrey Luis Velasco. Su memoria ha quedado en una copla popular zacatecana, la que dice:

Si la de San Bernabé
No diera tan buena ley,
No casara Diego de Ibarra
Con la hija del virrey.

Circula una biografía norteamericana y le dedica un espacio considerable el profesor P. J. Bakewel en su magnífico estudio sobre minería y sociedad en el México colonial.

De aquel otro Miguel de Ibarra que consta en la Monografía como presidente de la Real Audiencia de Quito, hoy podemos añadir que en la provincia de Imbabura (Ecuador) se erigió a su memoria el Cantón de Ibarra, que además de su nombre lleva el escudo de los Ibarra.

Otro nombre a reivindicar en la aventura americana es el de Miguel de Aguinaga que firmó la carta fundacional de Medellín siendo gobernador de Antioquía, en Colombia.

Igualmente, el capítulo séptimo sobre beneficencia y sanidad exige un replanteamiento por el cambio de las estructuras urbanas. Hoy sabría poco lo que en su día publicó Martínez Sostre. En diversas especialidades se necesitarían trabajos monográficos como el de Izaskun Apezechea dedicado a la historia de la Medicina.

Igualmente, la instrucción pública, capítulo octavo, quedaría totalmente modificado con la inclusión de la Escuela de Armería, el Instituto Nacional del período de la República y el más reciente titulado Ignacio de Zuloaga, la Universidad Laboral, más el papel que ha venido desempeñando la Asociación Propulsora de Enseñanza.

Pero es el capítulo noveno el que quedaría en ésta Monografía de Mújica como mero recuerdo del pasado, puesto que la transformación, para bien o para mal, ha sido casi total. En esta materia, el archivo de Ojanguren viene a sernos un legado de incalculable valor documental. Además, existen en los archivos municipales diversos planes generales y parciales sobre urbanismo. Por mi parte creo que fue un grave error el no haber respetado el trazado de lo que constituyó la primitiva villa murada porque ello no impedía el trazado general para el desarrollo.

En cuanto a fiestas, que Mújica recoge en el capítulo final, se puede decir que también han sufrido modificaciones. Las principales, las de San Juan Bautista con una víspera solemne, fuegos naturales y artificiales, la alegría compartida por el vecindario desde la propia mañana de

San Juan con juegos infantiles, danzas tradicionales, tardes de toros, noches de barracas y verbenas, para prolongar hasta San Pedros con partidos de pelota, feria para labradores, bersolaris, deportes rurales, etc., que hoy ya no resultan tan alegres por lo artificial de los montajes y por la intromisión de disfraces y comparsas carnavalescas que se fueron incrustando porque se prohibió el propio Carnaval, y el elemento popular buscó su compensación desplazando a la principal fiesta de la ciudad.

Felizmente se han vuelto a recuperar los Carnavales, aunque no sean exactamente como los que conocimos en la niñez. Con lo que mantengo en la memoria hice una descripción en la obra Bidez, página 48, en el mismo libro encontrará el lector otros recuerdos de las tradiciones de Nochebuena e Ixu-eguna; tal como anteriormente recogí en Gogoz lo relativo a las tradiciones de Gaztañerre y Santa Agueda, fiestas eibarresas que con San Blas han tenido fuerte arraigo y un sabor muy especial dentro de las festividades locales.

El apéndice número 8, en la obra de Mújica, es una pieza muestra del vascuence eibarrés de mediados del siglo XVIII, que no fue bien acogido por el propio autor influenciado por las corrientes llamadas puristas de la época, pero no deja de ser un documento interesante por su contenido, su valor testimonial como escritura administrativa y texto de variedad dialectal. Además, a lo largo de la obra nos encontraremos con otros vocablos euskéricos insertos en escrituras antiguas; egurzas en 1494, charteles en 1647, usas en 1746, gurruchel en 1790, etc. El abandono y la pérdida del euskera local ha sido tan brutal que su decadencia ha llevado a unos extremos en los que ya no es posible pensar en su recuperación a no ser por una forma renovada en unión a un vascuence común al entorno y al que la peculiaridad eibarresa puede aportar algo de lo suyo.

Hoy conocemos el sistema verbal y el contenido lexical gracias a la labor realizada en los últimos años en los que también se ha llevado a la literatura. Un resumen de sus características con una bibliografía completa figura en las páginas 331-332 del volumen Iker - 1 (Euskaltzaindia, Bilbao, 1981) presentado por el que suscribe en los Encuentros Internacionales de Vascólogos - Euskalarien Nazioarteko Jardunaldiak.

Alguien puede decir por qué este prólogo no se ha escrito en vascuence, sabiendo que probablemente lo hubiera hecho mejor. En parte tendría razón. Los vascos, o euskaldunes, tenemos muchos defectos, menos uno, y éste es que no pretendemos ser monolingües. Y entre las virtudes la de utilizar el castellano con los que no entienden vascuence. Esta irregularidad, hoy por hoy, sólo se puede superar con la recuperación del vascuence y para ello será preciso establecer los medios necesari-

rios para que paulatinamente se vaya hacia una normalización donde no debería sufrir más discriminaciones la lengua originaria. En un país bilingüe, seamos tajantes, no pueden hablar de discriminación los que únicamente hablan una lengua, pues de lo contrario se está practicando a diario. El bilingüismo es consustancial para la convivencia en nuestra sociedad y a la vez una lección cívica si queremos mantenernos unidos a Europa.

Es posible que estas puntualizaciones no merecían la pena de mencionar, pero hay asuntos en los que es preciso reivindicar con insistencia reiterativa.

Finalmente, quisiera extender esa misma insistencia, dejando muy al margen las ideas políticas que siempre son pasajeras en la vida de un pueblo, a la recuperación industrial a la manera de nuestros predecesores, sin olvidar los valores humanos que debe conllevar toda colectividad.

Tened presente, sírvanos la lección de la historia. Que el arraigo alcanzado en la industria metalúrgica capacitó a los eibarreses a la predisposición del bien hacer, a ejecutar con mimo los trabajos artesanales, y, siempre, aprovechando los hombres capacitados y con inventiva. Recuérdesse que bajo la dirección del franciscano eibarrés Fray Joseph de Eizaga Echebarria, en 1658, un grupo de eibarreses construyó el órgano para la parroquia de San Andrés, y más tarde otro para el santuario de Arrate. A mediados del pasado siglo, Plácido Zuloaga, paciente investigador, ayudado por su padre Eusebio en sus inicios, encontró en Eibar obreros con las manos bien educadas para acometer las más delicadas elaboraciones que requerían los recamados de los nobles metales sobre acero, y pusieron en marcha una industria floreciente, de fama universal, los «Objetos de Eibar» que fueron muy variados y de belleza extraordinaria, a los que el creador bautizó con el nombre de «damasquinado» a la memoria de las armas blancas procedentes de Damasco en el museo de Dresde sobre las que investigó muy principalmente para obtener los resultados pretendidos. En 1908, el Dr. Niceto Muguruza encontró otro artífice capacitado en José Aguirrebeña, quien llegó a fabricar el primer fonendoscopio de bolsillo. Otro hombre de grandes logros fue Julián Echeberría, que diseñó la primera pistola automática con piecería intercambiable y, más tarde, haciéndose cargo de la dirección de la Escuela de Armería orientó ésta a las enseñanzas de mecánica de precisión, impulsando una nueva era para la industria eibarresa, a la que capacitó para toda clase de fabricaciones, sin cuya orientación no hubiera sido posible aquel avance tecnológico para producir desde la máquina de coser hasta la piecería más complicada del automóvil. Y todo ello asentándose en las bases de la tradición artesanal, con esa conjunción ideal entre el hombre experto con inven-

tiva y la predisponibilidad de los obreros a la ejecución del fino y bien acabado trabajo. Quizás no haya habido tantos creadores, pero sí buenos copistas. También hay que decir que el comercio ha sido el punto flaco de los eibarreses y también aquí deberían mostrar mayor preocupación.

Son asuntos que me preocupan, como a todo eibarrés que ama su ciudad natal. Asuntos e ideas que emanan de la lectura de nuestra historia local, que en ninguna parte hallara ya mejor que en la presente Monografía, portadora de una documentación que hoy hubiera resultado difícil de reunir e imposible en algunos casos.

La contribución hecha a la historia local desde la publicación en 1910 de la Monografía Histórica de la Villa de Eibar, como deja de manifiesto el presente prólogo, viene a ser copiosa. La obra de Mújica siempre nos servirá de base y guía, sea para el estudio o para emprender cualquier otra aportación. Y como complemento a tal fin, a continuación ofrecemos, sin ánimo exhaustivo, una bibliografía fundamental de lo que se ha venido publicando desde que hizo su aparición la Monografía que nos ocupa.

Juan San Martín